



En Riso

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO:

D. CARLOS FRONTAURA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. ALFREDO PEREA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 pías; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar: Año, 15.

Número suelto, 15 cént. —Atrasado, 25 cént.



—Y cómo es la lotería de la radación?

—Pues *todu* consiste en que en cada *sorteu* ha de caer el *premiu* grande en unu de los diez *distritus* de esta corte.

R. 148



CRÓNICA.

Supongo que habrán ustedes cumplido la obligación de buenos ciudadanos, llenando la cédula para el censo de 1887.

Si me dieran un céntimo nada más por cada mentira que personas, al parecer formales, habrán estampado en las cédulas, sería yo más rico que todos los Rostchild y Cassolas juntos.

Podrá el Instituto Geográfico ufanarse de haber contado cuántos somos los españoles al comenzar el año 1888, y algunos se habrán quedado fuera de la cuenta; pero que los españoles le habrán contado los mayores embustes tampoco tiene duda.

¿Green ustedes que las mujeres que han pasado de treinta y cinco años lo han confesado?.. Si el Instituto Geográfico publica exactamente los datos recibidos, verán ustedes que hay muy pocas mujeres de treinta y cinco á cuarenta años. Más diré: no hay mujeres de ese tiempo; las hay, ó más jóvenes ó más viejas.

¿Habrá quien sea tan cándido que crea que cierta viuda verde muy conocida ha puesto en la cédula el nombre y demás circunstancias del individuo que pernoctó en su casa el 31 de Diciembre?.. ¡Por el olé! que dijo el apóstol!



Conozco una patrona que devolvió el padrón en blanco, diciendo al jovencito que fué á recogerlo:

—Joven, llévase usted eso y á mí no me venga usted con papeles á comprometerme. Soy viuda, y nadie tiene que meterse en mis operaciones.

Y los que pasaron la noche en la timba, hijos en el albur, tanteando el gallo y esperando los

entreses, ¿habrán dado sus nombres para consignarlos en la cédula del dueño de la casa, el famoso Emeterio?... ¿Y qué profesión habrá puesto este prójimo, que jamás ha tenido carrera, comercio, industria ú oficio, á no ser el de empresario de la timba?

*
*
*

Los periódicos á veces dicen cosas muy peregrinas, y una de éstas la dijo el otro día uno de ellos en un suelto en que ponderaba el orden y la precisión con que se hizo el empadronamiento en la Cárcel Modelo. No le ha faltado al periódico mas que pedir una cruz ó cosa así para los empleados que llevaron á cabo tan espinoso y difícil trabajo.

Como todos los empadronables estaban en casa, bien á su pesar, y todos tienen su filiación en el registro del establecimiento, bien contra su gusto, paréceme que sería coser y cantar el trabajo de empadronar á los interesantes huéspedes de la Cárcel.

No fué cosa tan llana á fe mía extender el padrón de mis amigas y ex-vecinas las andaluzas, que me llamaron para que las iluminara y les llenara las casillas, porque como dijo Consolación, la más descarada de las cuatro, «no entendemos nosotras ese negocio».

—Vamos, les dije, rodeado de las cuatro, y sentándome á llenar el padrón, ¿quién de ustedes es cabeza de familia?



—Aquí no hay cabeza.

—¿Cómo que no? ¿A nombre de quién está el recibo de inquilinato?

—A nombre de doña Rosario, la que vivía antes aquí; ella se mudó á otra parte, nosotras nos mudamos aquí, el cuarto no estuvo desalquilado, y seguimos pagando el recibo á nombre de doña Rosario. Con que ponga usted lo que le dé la gana.

—Pondré el nombre de la de más edad.

—Ninguna de las cuatro tiene más edad,—dijo una.

—Pues pondré el nombre de doña Rosario.

—Bien.

—Puesto que ella paga la casa...

—No señor, que la pagamos nosotras.

—Escribo: «Cabeza de familia doña Rosario...» ¿Qué apellido?

—Gómez.

—Bien; doña Rosario Gómez. Hay que poner el sexo, según el encabezamiento de esta casilla.

—De caballería.

—¿Cómo de caballería?

—Digo que es una viuda de un capitán de caballería.

—¿Saben ustedes si sabe leer?

—Y escribir; aunque ni ella entiende lo que lee ni nadie lo que escribe.

—¿Qué día nació?

—Vaya usted á saber.

—Ponga usted que tiene sesenta años.

—Entonces, el año 27. Pero ¿qué día?

—Cualquier día.

—¿Y ustedes?...?

—Yo Consolación López de Molinillo.

—¿Sexo?... ¿Pondré hembra?

—Hombre, ponga usted señora, ó mujer, si quiera.

—¿Qué día nació usted?

—Hijo, no poniéndome más de treinta años, ponga usted los que quiera, y que nací el día que le dé á usted la gana.

—¿Estado?

—¡Ay, madre mía! Casada, ya lo sabe usted; y mi marido en Matanzas. ¡Cuándo habrá una de maridos!...

—¿Y qué relación de parentesco tiene usted con la señora cabeza de familia?

—Ninguna.

—Pero ¿no ven ustedes que esto va á chocar?

—Como que es muy chocante.

—¿Y usted, señora?

—Yo, Encarnación López de Molinillo, viuda, edad regular, los ojos ya los ve usted.

—Que son hermosísimos; pero aquí no hay que hablar de los ojos.

—Y hembra también.

—Y lo que se llama una real hembra. Es decir, que usted y Consolación son hermanas.

—No señor. Ella está casada con un Molinillo.

—¿Y usted lo estuvo con otro hermano?

—No señor; era primo.

—¿Qué día nació usted?

—El día de la Encarnación.

—¿De qué año?

—De ninguno. ¡Jesús! ¿Qué afán! ¿No se le ha dicho á usted que ponga lo que quiera, no poniendo una edad descompasada?...?

—¿Y estas señoras?

—Ponga usted Milagros López de Molinillo.

—Hermana de las anteriores?

—No señor; verá usted: mi padre era de los Molinillos de Ecija, y los maridos de éstas de los Molinillos del Puerto de Santa María; y unos y otros estaban en duda de si serían ó no serían parientes.

—Bueno, bueno; esto es un rompe-cabezas. ¿Estado?

—Ya ve usted, pensionista con cinco reales, como huérfana.

—¿Edad?

—¡Dale, bola! No pregunte usted esas cosas.

—¿Y usted?...?

—Yo, Angustias Molinillo de López.

—¿Y qué parentesco es el de usted con las demás?

—Pues también mi padre decía que todos los Molinillos somos algo parientes; pero lo que es el parentesco no se puede precisar.

—¿Edad, la misma que las demás?

—Eso, ó algo menos.

—¿Menos?... ¿Dices que tienes menos edad que nosotras? ¡Qué has de tener, mujer!... Póngale usted cuatro ó cinco años más, y me quedo corta.

—Eso sí que no.

—Pues si ya ibas de largo cuando nosotras todavía vestíamos de corto.

—Vaya, señoras, no disputen ustedes por cosa

tan baladí. Las cuatro son ustedes muy guapas y no representan más edad que la que tienen...

—Parece que lo dice usted con segunda.

—No, no; lo digo como lo siento.

—Ya está usted buen púa.

—Y diga usted, ¿para qué se hace este empadronamiento?...?

—Pues para saber cuánta gente y qué clase de gente hay en España.

—¿Vaya una curiosidad!

—¿Y quién firmará este documento, no estando aquí la cabeza de familia?

—¡Toma! lo firmo yo, y pongo arriba que por estar doña Rosario con sabañones.

Así fué la cédula de las andaluzas, cuatro mujeres que son la alegría de la casa donde viven y de las personas que las visitan, que son muchas. Como ellas mismas dicen, las de Molinillo han alcanzado más fama que Pizarro en las Indias.

Parece, según han dicho los periódicos, que los empleados en la distribución y recogida de cédulas han encontrado incalificable resistencia en ciertas personas para cumplir lo mandado.

Otras habían perdido el padrón.

Sé de un vecino de esta corte que después de muchas pesquisas encontró el padrón en la tinaja, donde lo había arrojado su primogénito.

Si esto se lee en el extranjero puede que choque. A nosotros no nos debe extrañar conociéndolos.

Aquí contraría á todo el mundo todo



lo que sea orden y método.

Hay muchos que no saben cuándo han nacido, ni les importa.

Hay personas que si les pregunta usted cómo se llamaba su abuela, tienen que pensar un rato antes de recordarlo.

Decir la verdad de los años que se tienen es una gran contrariedad para muchísimas personas que parecen serias y formales...

Dirán la edad que tienen los demás, aumentándola, pero la suya no hay manera de que la confiesen.

Luego, éste es el país donde hay más gente que vive y no se sabe cómo, de qué y por qué vive.

Hay empleado con 5.000 reales y tiene hotel. Hay alguno con 50.000 que vive en la Prosperidad pagando un cuarto de diez pesetas al mes, porque está comido de ingleses.

Hay marido que al extender la cédula habrá recordado que su domicilio no es precisamente el domicilio conyugal, porque la señora cuyo nombre acaba de poner distraído en la casilla correspondiente no es la misma que se casó con él hace veinte años en la parroquia de San Marcos.

La base del censo es la verdad.

¡Vaya usted á buscar la verdad en Madrid!

Decir á los habitantes de esta villa y corte que digan la verdad, es dar la mayor prueba de ino-

cencia y candidez. Algunos la habrán dicho, aunque de mala gana, pero la mayor parte... ¡quial!

Siempre que hay elecciones se quejan muchos de que las listas están llenas de mentiras; y nadie procura rectificar esas mentiras. Esto prueba que las estadísticas en España son cosa de risa.

*
* *

El año ha empezado muy soso.

No hay nada divertido de que hablar.

Los madrileños tienen ahora fijo el pensamiento en el día 20, en que se celebrará el primer sorteo de la lotería por irradiación.

Realmente la lotería iba desacreditándose, y ha sido oportuna la idea del ministro de Hacienda, ó mejor dicho, de mi querido amigo Pepe Fernández Bremón. El sistema que va á plantearse tiene el atractivo de la novedad, y seguramente en los primeros sorteos se venderán todos los billetes, y todo el mundo creará que va á coger un pico.

Hay un medio infalible: jugar un billete cuyo número acabe en cero y nueve más que terminen en 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9. El que haga esta hombrada puede tener por cierto que poco ó mucho le toca la lotería. Los billetes no le costarán mas que 500 pesetas y puede corresponderle el premio grande, aunque llevará 39.999 probabilidades en contra; pero lo que no le quita nadie es un premio de 200 pesetas! con lo que sólo habrá perdido 300 y habrá tenido el gusto de que le caiga la lotería.

Apuesto una cosa buena á que Cassola ha pensado ya jugar la decena. Y puede que le caiga el gordo otra vez, porque ese hombre es capaz de eso y de mucho más.

VENTURITA.



EL PRIMER AMOR.

Ella es una vieja desdentada y él un viejo que tampoco tiene dientes. Se han visto muchas veces en la Pagaduría de las clases pasivas sin conocerse.

Y sin embargo, ella y él se han conocido mucho, pero mucho. ¿Cómo no se conocen?

Porque el tiempo ha obrado en ellos tan profunda transformación, que era imposible que se

conocieran. Al cabo de cuarenta y cinco años han vuelto á encontrarse.

El día 24 del último Diciembre iba don Marcelino de la Espinilla á cobrar su paguita de jubilado de Hacienda, 37 duros y 50 céntimos, cuando cerca de la Pagaduría llegó á él una señora pensionista, y llamándole con afectuosa voz, le dijo:

—Caballero, caballero, ¿sabe usted si llegan hoy en el pago á mi letra?...

—Señora, según qué letra sea la de usted.

—La M... Yo toda soy M... Mire usted, mi padre magistrado de Manila; mi último marido músico de la murga, Dios le haya perdonado; nací en Madrid; me casé en martes en Manila, en Málaga y en Madrid; enviudé la última vez en miércoles, y me llamo Manuela Marronazo.

—Y yo—exclamó el jubilado—me llamo Marcelino...

—¿Mendoza?...—preguntó súbitamente la pensionista.—¡Jesús, María y José!... ¿Usted es Marcelino?...

—¿Y usted Manuela?...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Tantas veces como le he visto en la Pagaduría!

—Yo decía siempre:—«¡Qué buen aire tiene esta señora!»

—¡Pero, Marcelino!...

—¡Pero, Manuela!...

—¡Dios mío! ¡Qué recuerdos!...

—¡Qué memorias!...

—¡Aquel día que mi padre te encontró detrás de la puerta!...

—Y me arrimó un palo.

—Aquella noche que nos fuimos con tu doncella al baile de máscaras en el teatro Real.

—¡Aquella indigestión de langostinos que tuve tan horrorosa!

—¡Y se perdió la doncella!... Y tuvimos que perder el tiempo buscándola... Cuando volvimos á casa ya era de día. Nuestra suerte fué que mi padre no se había despertado. ¡Qué día pasé! Mi padre empeñado en que yo tenía mala cara y ojeras... Quiso llamar al médico, y me amenazó con que donde te encontrara te rompería la cabeza de un garrotazo... Yo me eché á sus piés, él me encerró en un cuarto obscuro, y de aquel encierro salí al día siguiente para entrar en el convento...

—Y yo desesperado, llamando á la muerte, pensando pegar fuego al convento donde estabas recluida por la barbarie paterna...

—Mi padre me sacó del convento para llevarme á Manila.

—¡Bárbaro padre!... En Manila me olvidaste.

—¡No!

—Te casaste con un comerciante alemán.

—Mi padre me obligó... ¡Ayl! Aquel alemán era un hombrón atroz... No podía olvidarte. Re-

ESCENAS DE LA CALLE.



EL PRIMER AMOR.—Dibujo de Daniel Perea.

cordaba tu buen cuerpo, tus ojos picarillos, tu gracia para decirme cosas bonitas...

—¿Él no era airoso?...

—No: un tonel.

—Me alegro.

—¿Ni tenía buenos ojos?...

—Unos ojos saltones como huevos... que cuando se acercaba á mí me daba un miedo...

—¿Y no tenía gracia?

—Como un marmolillo. Diez años estuve casada con aquel hombre, y volví á Madrid viuda, con papá, que ya estaba jubilado. Lo primero que hice, fué averiguar qué había sido de tí... ¡Estabas casado!

—¡Es verdad! Por venganza, por despecho.

—De lejos te vi un día; yo iba en coche, porque

entonces tenía coche; ibas con tu mujer, una bajilla, gorda, ramplona.

—No era mi mujer; era mi suegra... Es una historia horrible; mi suegra era rival de su hija; se había enamorado de mí, y me escribía cartas, me daba citas, me regalaba cigarros. Era estancuquera. Yo oía á otros maridos quejarse de que sus suegras les hacían pasar las de Caín, y los envidiaba, porque una suegra que es una furia puede tolerarse, pero una suegra que ama á su yerno como aquella me amaba, es un peso superior á las fuerzas de un hombre regular.

—¿Y qué pasó?...

—Mi mujer murió... y yo me escapé de Madrid, huyendo de mi suegra. Fuí trasladado á Soria.

—Si yo lo hubiera sabido, habría ido á buscarte, nos hubiéramos perdonado, y nos hubiéramos casado. Así habría acallado los remordimientos que he sentido siempre desde aquella noche del baile de máscaras. ¿Quién había de adivinar que estabas en Soria?... ¡En Soria mi primer amor! ¡Y yo sin saberlo!

—Sí, en Soria, solo, rodeado de nieve, tiritando; me moría de fastidio, y volví á casarme con una huérfana... una zagala tierna y sensible, una inocente paloma, que no había visto mundo, y era lo más cándida que puedes imaginar. La traje á Madrid un mes que tuve licencia, y ¡horrorízate! el día que terminaba la licencia, cuando volví á la casa de huéspedes para hacer el cofre y volvernos á Soria, me encontré una cartita de mi mujer, en que me decía que no podía sufrirme más, y se marchaba con un huésped italiano, que era *parti-quino* en el teatro, y me escribiría desde América. Veinte años viví sin saber si era casado ó viudo, y un día me avisaron del ministerio de Estado que mi mujer había muerto en Bogotá, dejándome heredero de sus bienes, consistentes en dos pares de pendientes, algunas ropas en mal uso y mil duros de deudas.

—Yo también volví á casarme. ¿Qué había de hacer? Nada sabía de tí... Estaba sola, joven todavía, rica, solicitada, festejada, perseguida... Me casé con un joven muy guapo... ¡ay! ¡muy guapo!... ¡más guapo que tú! pero que me gastó el dinero todo que me había dejado el alemán filipino. Eso sí, nos dimos la gran vida: reuniones, recepciones, viajes por España y el extranjero, baños de mar... Luego estrecheces, apuros, trampas, y por fin, mi marido segundo, como tu segunda mujer, se marchó á América, huyendo de los ingleses. Y yo he pasado lo que no puede decirse. He tenido casa de huéspedes... ¡Un trajín horroroso!... Porque yo me he conservado de buen ver mucho tiempo, pero mucho tiempo... Siempre pensaba: «¡Si encontrara á aquel bribón de Marcelino!...» Un día, después de veinte años, supe por los periódicos que mi marido había muerto en Montevideo, sin

testar. Me afligí mucho, porque tenía la esperanza de que allí hubiese hecho dinero... Entonces vivía yo en la calle de la Comadre y tenía un huésped, músico, muy buen músico, y él me consoló, y... vamos, también me llevó á las máscaras, ¡cuánto me acordé de ti aquella noche!... y nos casamos; él también era hombre de edad... Un hombre de bien, lo que se llama un hombre de bien; pero ¡ay! hijo, un músico gana tan poco, y mi marido fué cada día ganando menos, hasta que al fin vino á dar en músico de la murga... Dos años hace le perdí, dando una serenata á don Matías López, el del chocolate; cogió un aire, qué aire fué que se le llevó al otro mundo. Entonces un alma piadosa me hizo las diligencias, y pude sacar la pensión de huérfana de magistrado, y aquí me tienes... ¡Qué mundo, Marcelino! Eso sí, yo me he divertido mucho; pero mira en lo que he venido á parar...

—Pues mira yo, que me he divertido menos.

—Eso no, bribón, ¡pues bonito eras tú! Más pilió...

—¿Y ahora vives sola?

—En compañía de un matrimonio joven... que una ve cosas... Esto de ser vieja es mucha desgracia.

—Dímelo á mí.

—Y tú, ¿cómo vives?...

—Hija, yo me he casado...

—¿Otra vez?...

—Sí, con la criada. Hija, no paraba ninguna en casa; una me sisaba; otra me armaba un escándalo por una niñería; otra me llevaba á casa el chulo; otra me pegó... Para evitar todo esto, me casé con la que me pareció menos cerril... Ve á casa algún día y la verás...

—¿Yo?... ¿Yo á tu casa estando casado?... No, hijo.

—Pues yo iré á la tuya.

—¿Y qué pensarían los que viven conmigo?...

—Entonces, nos veremos aquí, en la Pagaduría.

—Sí, nos veremos una vez al mes.

—Y tomaremos un café en Pombo. ¿Quieres?...

—Vamos; eso no tiene nada de malo.

—¿Tomas rapé? ¿Quieres un polvo?...

—¡Ay, hijo! No quiero que se me pongan las narices como una trompa. ¡Ay, Marcelino! ¡Qué lástima que estés tan viejo! Cuando joven eras un chico que la volvías á una loca.

—Y tú eras una chica que dabas la hora.

—¡Qué baile aquél!... ¡Y no haberme casado contigo!...

—¡Y que no estarías viuda! ¡Mejor hubiera querido ser yo el viudo para evitarte esa pena! Pero vamos á cobrar, y olvidémos el pasado.

—No, hijo, á nuestra edad lo pasado nos consuela, porque si pensamos en el porvenir...

—Es verdad, ¡bonito porvenir!

C. FRONTAURA.

TIPOS POPULARES.



—Dí por tu salud, Manolo, ¿cuándo cumplirás conmigo?
 ¿Quién más te quiere en el mundo?
 ¿Por quién andas tú tan limpio como un infante de España, bien planchado y bien vestido, con *remontar* y cadena y dinero en el bolsillo?...
 ¿Con quién gasto yo el dinero que me dejó mi *mario*, que en compra y venta de bestias ganaba más que un *menistro*, y me le mató aquel jaco de una cox en el ombligo?
 Vamos, habla, no te calles, desembucha, gran indino, y, como te digo, dime:
 ¿cuándo te casas conmigo?
 La vecindad está hablando, y algunos dicen ¡mal tiro! que tú conmigo te quedas, que soy tonta y tú muy pillo. Con qué á ver lo que me dices, Manolo, y mira que el niño que traigo en brazos ya sabes, ya sabes de quién es hijo.

—Pues escucha, *Magdalena*, aunque me esté mal decirlo, lo que es á mí á caballero quien me gane no ha nacido. Del dinero y de la ropa no quiero hablar; soy muy fino para hablar de cosas tales y de otras por el estilo. Si dicen, deja que digan, que vengan á mí á decírmelo; y al que lo diga, le pego tres *puñalás* ó tres tiros. De la razón no me aparto, y lo que es cuanto al chico, él tendrá padre, y un padre que muchos para sus hijos quisieran... Con esto creo que lo bastante te digo. Y no soy un sinvergüenza, y has de tener entendido,

que en diciendo que en la plaza me dé el señor *Lagartijo*, pongo por caso, ó *Frascuelo*, ó *Guerrita*, que es lo mismo, la alternativa, me caso al otro día contigo, para que tú no me digas si estoy ó no estoy vestido, y si el *remontar* que llevo era ó no de tu *mario*, —¡valiente *chavó!* tenía la cara como un erizo, — y entonces... como me vuelvas á nombrar al *endeviduo*, te he de sacudir el polvo.
 —¿A mí tú?... ¡Quíá! No ha nacido quien me ponga á mí la mano encima.

¿No?... ¡Callandito!
 No alborotes. No me gustan escándalos.

—¡Habrá pillo!
 ¡Y qué una quiera á los hombres!
 —¡Calla, que asustas al chico!
 —¡Pues si no fuera por éste!...
 —Con que lo dicho.

—¡Hijo mío!
 F.

A DURO POR PINCELADA.

Todavía hay círculos en donde interesan y se discuten las cuestiones artísticas.

No me refiero á los círculos del café Imperial, café de las Columnas y aceras adyacentes; en los cuales habla usted de *La Perla* de Rafael, y pregunta el auditorio:

—Y ¿quién le ha regalado esa joya á *Lagartijo*?

Me refiero á esos círculos en donde le dicen á uno cuando llega y saluda:

—Chico, ¡qué fino de color vienes hoy! Pareces un *Tiziano*.

Ó bien:

—¿Sabes que vas tomando una bonita pátina?
 ¡Por Dios, no te laves!

En estos centros, pues, se viene hablando largamente desde hace algunos días del retrato del rey niño pintado por Francisco Domingo y pagado por la real casa en la exigua cantidad de veinte mil duros.

Y la llamo exigua, por la misma razón en que se inspiraba Villergas al decir en 1843, con ocasión de la lista civil:

¡Jesús, qué afrenta!
 ¿Quién por doblar su brillo
 no da cuarenta?

Cuarenta mil duros—y me quedo corto—debería haber cobrado por su retrato nuestro eminente artista; porque si es cierto que él pidió veinte mil, nada más lógico que suponerle reducido, prudente y modesto en la petición... Nadie, en

TREN DE AMOR, por Urrutia.



CHULERÍAS.—(*Dibujo de N. Mejía.*)

—Oye, tú, tan harta estoy de los hombres—¡mal tiro les den!—que me voy á echar á los toros..

—¿A los toros?...

—Sí, hija, ya ves tú la *Fragosa*... ya es una mujer en *er* mundo, y el mejor día sabrás que la pretende un *mislón* de esos ingleses... Aquí, ya está visto, lo más á que una *señora*, pongo por caso, puede aspirar, es á un maleta de la cuadrilla del *Hurón*, ó á un mono sabio de esos que van montados para *dir* á la plaza tres brutos sobre un animal.

ocasiones semejantes, pide sino la mitad del justo precio. Lo demás queda harto compensado *per l'onore*.

Así y todo, las gentes han dado en encontrar excesiva la suma de veinte mil duros—á duro por pincelada—desde el momento en que el lienzo no es de lo mejor que ha pintado nuestro ilustre y caro compatriota, según dicen los que han visto el cuadro y repiten algunos periódicos de notoria imparcialidad.

Ayer se hablaba del lance entre personas aficionadas á jugar del vocablo.

—Lo de los veinte mil duros—decía un interlocutor—debe de ser broma. Ya el apellido de Domingo indica un carácter festivo...

—Pues resulta un Domingo terrible. ¡Ni los de Londres!

—Más bien debiera llamarse Martes, por lo funesto para el bolsillo.

—Ó Viernes.

—No será por su abstinencia, sino porque deja á los demás en ayunas.

—La verdad es que un pintor que se llama Domingo no es para todos los días de la semana.

—No, pues para las fiestas de *guardar* tampoco es.

Y así sucesivamente.

He ahí cómo se expresa el público.

Admiro muy de veras el gran talento del autor de la *Santa Clara*, y si recojo ahora impresiones poco halagüeñas para él, hágolo tan solo á título de observador que apunta datos para apreciar el estado de la opinión, contraria ya á cierta clase de exigencias, tanto como hasta hoy se mostraba sumisa ante las tiránicas leyes de los déspotas modernos.

¡Sí, de los déspotas!

Tres reyes—no los llamaré magos, porque en vez de aportar dádivas, se las llevan—imperan y dominan en nuestra sociedad.

Su Majestad el Tenor;

Su Majestad el Pintor;

Su Majestad el Matador.

Un par de notas brillantes en la voz, un par de toques sorprendentes con el pincel, un par de estocadas por todo lo alto, bastan aquí para obtener la gloria y la fortuna que niegan las muchedumbres al talento fecundo y la labor continua, siempre que el *divo* de la romanza, de la paleta ó del estoque sepa reservarse y atender sólo al fútil capricho del *dilettantismo*.

Un torero muy conocido en España y América dice á todo el que se lo quiere oír:

—Mi mayor delicia consistiría, después de haber toreado por la tarde, en ir al Real por la noche y cantar de tenor en *Los Hugonotes* ó *La Favorita*.

Al hombre le falta añadir:

—Y al día siguiente por la mañana, coger los

pinceles y ¡zis! ¡zas! dar un volapié á lo Fortuny ó un *do* de pecho á lo Villegas.

De esto á ceñirse una tiara con sus tres coronas no habría más que un paso.

Quizás sea eso el temido y anunciado Anti-Cristo... Un hombre que junte á la deslumbrante majestad del tenor, el augusto prestigio del pintor y la divina aureola del matador...

¡Ser Gayarre, Frascuelo y Domingo en una pieza! ¡Cobrar miles, y miles, y miles de duros por unas notas más ó menos vibrantes, unas estocadas más ó menos certeras, y unas manchas de color más ó menos exactas! He ahí el bello ideal de la ambición humana.

El de la justicia humana ya saben ustedes cuál era en tiempo de *Ibrahim Clarete*... No quiero decir cuál es en nuestro tiempo de frivolidad y decadencia. Diré tan sólo—dejando á un lado á Su Majestad el Matador, que al fin y al cabo está expuesto continuamente á ser víctima de un Robespierre en puntas—que se aproxima y viene á todo escape

*la hora del grande afán
y los grandes desagrazos,*

como dijo Campoamor, para los artistas que en vez del culto sincero y desinteresado del Arte, cifran todos sus empeños en halagar la moda y explotar el capricho.

Como decía aquel orador de club, del gremio de salchicheros ilustrados:

—¡Tiranos, vuestra hora ha sonado en el reloj de arena de la eternidad!

Estamos en 1888... El año que viene se celebra el centenario de la Revolución francesa, y me consta que los demagogos se proponen conmemorarlo juzgando, sentenciando y decapitando á SS. MM. los Matadores, Tenores y Pintores de á millón y medio la pieza.

MARIANO DE CÁVIA.

EL PICADOR DE TOROS.

Y ya no es ni sombra de lo que fué.

El ramo de picadores del reino, como todos los ramos del saber humano, ha venido á menos.

¡Qué tiempos aquellos del Corchado, y del Doblado, y de Hormigo, y del señor Charpa y demás cabayeros de punto!

Aquéllos eran tiempos para el toreo en todas las armas, lo mismo la de infantería que la de caballería, en la de perros y en la de chulos.

Y aquéllos eran otros picadores.

Hombres de campo, jinetes robustos, hercúleos y brutos, salvo la parte de inteligencia en el arte, muy brutos.

Uno era capaz de abrir la puerta del chiquero con la cabeza.

Otro, cuando tomaba á su gusto los *morriyos*



de un toro de seis años, ya graduado de doctor, le sentaba como si hubiera sido un *chavaliyo*.

El picador en la cuadrilla era lo que el bajo profundo en la compañía de ópera italiana ú latina: lo que el barba en una compañía dramática.

Y aún más *otavía*.

—Con los toros—me decía un picador jubilado—pasa lo mismo que con las bolas de billar; too está en er picao, y esto es lo que no sabe la mayoría de la afición de hoy: pícoste bajo una bola, y da usted efleuto prejudisial; pues pícoste por lo alto, y veráste lo que resulta, pues pícoste en su sitio, por la metá, y veráste otra suerte.

Verdades todas filosóficas é irrefutables.

Las personas no aficionadas á la fiesta nacional, no se hallan al tanto de ciertos pormenores históricos.

Ustedes no comprenderán la influencia que

ejerce en las costumbres, y aun en el porvenir de la patria, una reforma en el vestido del lidiador de toros.

Es lo que decía un picador de toros, el señor Pinto, cuando vió á otro picador que, por presumir, se presentó con la chaquetiya, ú sea la casaquiya, cerrada por detrás.

Hasta entonces todos los cabayeros del ramo sacaban chaquetiya abierta por la parte baja de la espalda.

—¿No sabe ese fantasma—decía el Pinto—que jace farta esa apertura naturá pa facilitar los movimientos presonales del picador en la suerte de sus funciones?

El picador de toros no es un cualquiera.

El origen de la clase es muy alto.

Los personajes importantes en la Edad Media y en la infancia del arte alancearon toros.

En los primeros anuncios de corridas de toros, cuando ya se elevó á *facurtás* el oficio, los picadores usaban el *don*, y los toreros de á pié eran gentes baldías y *desinificantes*.

Así me lo aseguraba el picador del teatro antiguo, á quien aludí primeramente.

—*Andaron* los tiempos,—añadía,—y nosotros mus plantamos y los peones pasaron *alante*. Un picador de verdá ganaba sesenta duros, y un paliyero una onza de oro, y un mataor cincuenta duros, ú cien duros cuando *maximum*.

—Pues bien,—continuaba después de encender un pito,—hoy gana un picaor cincuenta ú sesenta duros, y un banderiyero cuarenta ú cincuenta, y un mataor mil y dos mil y ciento mil duros por goyetaso.

Esta es la expresión de la verdad, por boca de una víctima.

«La sociedad toma á risa lo de la suerte de varas.»

Y considera al picador como á un baúl mundo. Ingratitud é ignorancia.

El picador es el mártir taurino, mejorando.

Todos los reglamentos van contra el picador.

Los señores que se ven tinientes de alcalde, aunque sea por una casualidad, dan contra los picadores.

Multas, castigos casi presonales, todo para los picadores.

El público da contra la clase montada.

Para ellos los naranjazos, las injurias.

—¡Ah, *pebre!*—como exclamaba el señor Variyas en una tarde desgraciada.

En cambio para los matadores y los chicos no hay más que palmas.

Si el picador usa *mona*, si abusa de la *mona*, si se tiene á caballo ó si no se tiene.

Todo eso es penetrar en la vida privada de los hombres.

El picador cae y se desloma, y aún suena una voz que grita:

—¡Duro á esel ¡Bribón!

A lo cual el infeliz derrumbado no responde ni siquiera:

—Muchas gracias ¡umigo.

¿Qué menos pudiera hacer una *vítima*?

Vítima la denomina el público algunas veces; pero pronunciando mal, dicen: ¡*Pítima!*

Para el picador no hay halagos.

En la sala de toreros penetran á empujones los aficionados antes de la corrida.

Al picador nadie le saluda, si no es algún aficionado puro y neto, de los antiguos, de los inteligentes que conocen lo del Cid y de Carlos V y demás antecedentes históricos de la suerte de picar reses al menudeo.

Hoy han ganado en simpatías.

En cambio...

—Un picador de los que ahora se usan—me de-

cía el jubilado,—no pica ni á su casero. Asina es que, créame usted, señorito, no hay nosiones tan siquiera de cabayería; hoy se pica á máquina. Por eso la yaman suerte... y es una desgracia. Si yo pudiera quitarme de encima treinta años y resultar toro...

Sospeché lo que el hombre haría siendo de puntas.

EDUARDO DE PALACIO.

DISTRACCIONES.

Aunque mi flaco difundo,
lo confieso con profundo
dolor, llorando á compás,
tengó la cabeza más
destornillada del mundo.

Mis continuas distracciones
me han causado desazones
y disgustos y percances,
y me han puesto en duros trances
y en terribles situaciones.

À Matilde, mi futura,
escribí con gran ternura
una epístola, y después
escribí otra carta á Inés,
que me quiere con locura.

Cambié los sobres, y con
semejante distracción
sucedió, naturalmente,
que me quedé de rondón
sin futura y sin presente.

Por ser de Eleuterio amigo,
fuí de su boda testigo
en un templo de Segovia;
y, al salir, á don Rodrigo,
que era el padre de la novia,

Le dije, con rostro serio,
pues la boda de Eleuterio
que era un entierro creí:
—¿Se despide el duelo aquí
ó vamos al cementerio?

El hombre se sulfuró,
la novia se desmayó,
y, en fin, se armó tal estruendo,
que si no salgo corriendo
de fijo hay un muerto ¡yo!

Escribiendo á un caballero
firmé en el renglón postrero;
pero, aunque á ustedes asombre,
puse, en lugar de mi nombre,
Madrid 40 de Enero.

De una reunión al salir,
tomé, al irme á despedir,
por mi gabán, un mantón,
y salí de la reunión
con mantón de *cachemir*.

Mi amor, que en historia pica,
pintar quise á una que es rica,
y, además de rica guapa;
y de mi pasión la papa
pinté al papá de la chica.

Para encender un veguero
pedí fuego á un caballero,
petición que no rebaja;
y me ofreció placentero
de cerillas una caja.

La tomé, el puro encendí,
y, á las gracias que le dí,
contestando no sé qué,
él por un lado se fué
y yo por otro me fuí.

A partir de aquel casual
encuentro, dicho mortal,
que ni sé cómo se nombra,
tuvo el capricho especial
de convertirse en mi sombra.

Y siempre que me veía,
—¿Me da usté fuego?—decía;
se lo daba, se marchaba,
pero de nuevo volvía
y fuego me suplicaba.

Manía tan singular
me dió mucho qué pensar,
aunque creí desde luego
que el hombre á quien daba fuego
era algún loco de atar.

Mas por si estaba en razón,
harto de su petición,
le dije al fin:—¿A qué viene
el suplicio en que me tiene
su maldita obstinación?

Y él respondió:—Si obro así,
culpa es de usté, no de mí,
como probarle podré.
¿Para qué se guardó usté
la caja que le ofrecí?

Pedíle al punto perdón,
y por tan dura lección
le estaría agradecido,
si hubiera así conseguido
alcanzar mi curación.

¡Pero nada! La torpeza
que me dió Naturaleza

tan grande debió de ser,
que á nadie cedo en tener
á pájaros la cabeza.

Y ya no espero curar,
y me habré de resignar,
con perjuicio de la gente,
mi vida entera á pasar
en distracción permanente.

Y como por fin advierto
que es mi vida un desconcierto,
mi esperanza es la mortaja,
pues, de fijo, estando muerto,
tendré mi cabeza en caja.

CARLOS CANO.



LAS TRES HERMANAS.

CAPÍTULO I.

DONDE SE ENCUENTRAN PURITA Y POLICARPO.

Era una tarde del año en que acababa de empezar su breve reinado el rey don Amadeo. Aquel año nevó y llovió mucho, no porque reinara don Amadeo, sino porque Dios quiso.

Y aquella tarde llovía muchísimo. Sin paraguas ó con él, quien se aventuraba á salir á la calle se ponía como una sopa.

Policarpo salió á la calle, porque no tenía otro remedio, es decir, él creía que debía salir forzosamente á la calle. Debía hablar en una asociación de libre-pensadores, de la que era vocal, y no quería quedarse con el discurso dentro del cuerpo.

A escape iba Policarpo por la calle de la Montería arriba, pensando alguna frase de efecto con que hacerlo en sus oyentes, cuando de pronto se detuvo, exclamando:

—¡Purita!

Y se quitó el sombrero, haciendo una cortesía á cierta joven que venía en dirección contraria con su paraguas correspondiente.

—¡Policarpo!—exclamó la joven.

—¡Usted en Madrid!...

—Sí, amigo mío, estamos en Madrid.

—¿Desde cuándo faltan ustedes de Valladolid?

—Hace ocho días. Hemos venido mamá y mis dos hermanas y yo á lo del pleito.

—¡Ah! ¡El pleito! ¿Qué pleito?

—Pues el pleito que sigue mamá con nuestro tío, el hermano de papá, á quien papá, como usted sabe, entregó unos títulos, y él se empeña en que los títulos son suyos, y en que papá no tuvo nunca más título que el de cirujano comadrón.

—Y que era una maravilla en su oficio.

—¡Pobre papá! Si él viviera...

—¿Y cómo va usted sola por la calle?

—Porque mamá desde que hemos venido está mala con el histerico, y mis hermanas estaban sin peinar, y nos ha ocurrido entregar hoy á nuestro abogado un documento que ha venido por el correo, y como lo que se puede hacer hoy no se debe dejar para mañana, me he puesto la mantilla, y yo misma le he llevado el documento al abogado, que vive en la calle del Caballero de Gracia. Por cierto que no estaba y me ha recibido con muy mal gesto la señora. Puede que haya creído alguna tontería...

—Eso es lo que tiene ser tan guapa como es usted. Las mujeres la miran con escama y los hombres con admiración.

—Usted siempre el mismo.

—¡Cuánto me alegro de que estén ustedes en Madrid! ¿Dónde viven ustedes?

—Pues en una casa de huéspedes, en la calle de Jacometrezo; la patrona es de Valladolid.

—¿Quién es?

—La viuda de aquel empleado en Hacienda que vivía enfrente de nuestra casa en la calle de Teresa Gil.

—La conozco, la Joaquina, una jamona hasta allí.

—¿Hasta dónde?...

—Hoy acompaño á usted, y así veré á la mamá y las hermanitas.

—Tendrán mucho gusto. Ya habíamos preguntado por usted, pero nadie nos ha dado razón.

—Estoy muy ocupado en las cosas políticas, y en verdad que hablando con usted, resaladísima Purita, he olvidado que iba ahora á echar un discurso.

—Por mí no vaya usted á dejar sus obligaciones.

—No, si no es obligación, y después de todo, mejor es pasar un rato con tres ángeles como usted y sus hermanas, que ir á perorar delante de unos cuantos ignorantes que le pueden silbar á uno y hasta pegarle un trastazo. Con que vamos, acompaño á usted á su casa, si es que no quiere usted que vayamos á otra parte.

—¡Jesús! ¿Adónde?

—¿Quiere usted que la convide á pastelillos?

—¡Ave María!

—Pero lo que me alegro haber encontrado á usted. Ya me aburría yo en Madrid. ¡Cuánto nos



hemos divertido en Valladolid, Purita! ¿Se acuerda usted?

—Ya lo creo.

—Qué noches aquellas de lotería alrededor de la camilla.

—Usted siempre sacaba el terno.

—Afortunado en el juego, desgraciado en amores. Yo sacaba el terno, pero no logré que usted me diera el sí.

—¡Qué malo!

—A ver si en Madrid me da usted el sí, á ver si esta atmósfera, este ambiente la hace á usted más expansiva. ¿Puedo esperarlo?

—¡Jesús! Veremos.

—Por la noche, ¿qué hacen ustedes?

—Pues en casa, ó salimos alguna vez.

—¿No van ustedes al teatro?

—Una noche hemos estado en el Real, en palco. Nos le trajo un huésped que hay en el gabinete; un viejo gordo, pero muy bien conservado, que creo le tiene dado dinero al empresario, y así le pide billetes cuando quiere.

—¿Con que al teatro Real? ¿A palco?... ¡Y un viejo! ¡Ay, Purita! Ese viejo gordo me escama.

—¿Por qué? Es muy buena persona.

—¡Y no haber ido yo al teatro la noche que ustedes fueron!

—No había mucha gente. Dicen que la aristocracia está muy retraída del teatro Real.



—De fijo que se llenaría el teatro si se anunciara que asistían los tres ángeles de Valladolid.

—¡Qué exageración! Eso sí, los de las butacas nos miraban mucho en los entreactos. Sin duda se preguntarían: «¿Quiénes son esas cursilonas, esas paletas?»

—¿Y el viejo gordo fué con ustedes?

—No señor, fué un momento á saludarnos y á preguntarnos si nos gustaba la ópera.

—¡Buen peine será ese tío! No le puedo ver. Y como él tenga las intenciones que supongo, aquí estoy yo. Le divido, que siendo tan gordo se le rajará bien por en medio.

—¡Qué loco!... ¿Y á qué se vino usted á Madrid, mala cabeza?

—Pues á hacer carrera. Ya verá usted adónde llevo yo.

—Aquí es,—dijo Purita, deteniéndose delante del portal del número 110 de la calle de Jacometrezo.

—¿Por qué no quiere usted venir á tomar unos pastelillos?...

—¡Dale!

—¿Cuándo volveré á encontrar á usted sola?... Nunca.

—¡Jesús! Se ha soltado usted mucho en Madrid. En Valladolid era usted más comedido y circunspecto.

Y Purita y Policarpo subieron al piso segundo, donde tenía establecida su casa de huéspedes doña Joaquina.

VENCEJO.

(Se continuará.)



—Marquesa, ¿está usted indispuesta? ¿Le ha pasado algo desagradable?...

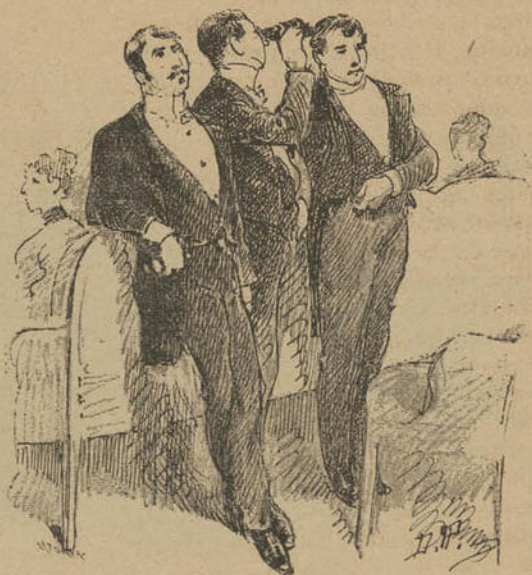
—Estoy de un humor tan negro, que ni yo misma me puedo sufrir: tengo un constipado que me incomoda mucho, la modista me ha traído un vestido que me sienta muy mal, y mi marido vuelve mañana... ¿Le parece á usted que todo esto es divertido?

Tratábase de proveer un buen destino en Ultramar, para el que había cien pretendientes.

—¿Por qué no lo solicitas tú?—preguntó á mi amigo Calixto su mujer.

—Ya veremos; no tengo prisa;—respondió.

Algunos días después llegó un amigo á decirle que la plaza estaba ya formalmente prometida á cierto sujeto. Y su mujer le decía:



—Por tu abandono, ¿lo estás viendo? Ya han prometido y dado probablemente á otro la plaza.

—Pues ahora es cuando la voy á pedir,—contestó mi amigo.—Si antes tenía cien competidores ahora no tengo más que uno.

Y en efecto, la pidió y la obtuvo.

Hallábase una gran señora á punto de dar á luz, y el marido, un gran señor, llamó al cirujano de más fama.

—Doctor,—le dijo,—recomiendo á usted que emplee toda su habilidad. Este parto de persona de tan alta posición dará á usted una reputación universal.

—Si yo necesitase este parto para hacer mi reputación, me parece que usted no me hubiera llamado, á no ser usted un estúpido.

Una noche que Julián Romea representaba, como él solo sabía, *El hombre de mundo*, un espectador le gritó:

—¡Más alto!

—Si hablara más alto lo haría muy mal,—dijo Romea.

Y siguió en el mismo tono representando á maravilla su papel.

El novelista X... entra en su despacho y ve al criado cogiendo papeles de sobre la mesa y aplicándolos á encender la chimenea.

—¿Qué estás haciendo, gran bestia?—le dice.

—¡Oh! No tenga cuidado, señor,—contesta sonriendo,—el papel blanco no le toco, sólo he quemado lo que ya estaba escrito.

MADRID, 1888.

Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.

ADIVINANZA.



¿Qué sitio de Madrid es éste...

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE

artículos y poesías de nuestros principales literatos, y viñetas y caricaturas de los mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería.

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

LAS MARIPOSAS DEL ALMA

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 15 pesetas.

EL MANICOMIO MODELO.

LA CODICIA ROMPE EL SACO.

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Un tomo en 8.º, con cubierta al cromo. Precio, 2,50 pesetas.

EL CORAZÓN EN LA MANO

(MEMORIAS DE UNA MADRE)

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 12 pesetas.

